

EL PESO DE LAS ESCUELAS

Por PATRICK BOULET

La educación formal, pública, obligatoria y gratuita nació en el Imperio Prusiano en el inicio del siglo XIX como mecanismo para combatir las ideas revolucionarias que se expandían por Europa, luego de la revolución



francesa. La educación podía disciplinar a niños y niñas para que nunca fueran revolucionarios como algunos de sus padres. Ese sentido le daba la generación del 80 en nuestro país, el camino de la educación sarmientina era el sometimiento de los niños y niñas para que nunca reivindicaran su origen originario, fueran rebeldes como Cafulcurá o generales de hombre libre como Ángel Vicente Peñalosa. El relato de Ceferino Namuncurá, híper explotado por la orden franciscana y la historia mitrista tiene el sentido de reflejar los “beneficios” de este proceso.

En el mundo occidental, y particularmente en nuestro país, en la última parte del siglo XX, la educación formal fue perdiendo peso como “él” instrumento de dominación. Al tiempo que aparecieron, con la recuperación de la democracia forma tendencias más democratizadoras en la escuela, que globalmente siguió siendo disiciplinadora y fuertemente meritocrática.

Pero al ir ocupando los medios de comunicación social mayor centralidad en los aparatos ideológicos (la radio, a la tele, hoy las redes sociales), la escuela (genérico para toda la educación formal) perdió espacio y también dejó de ser una preocupación central para los sectores dominantes, por lo cual el gasto educativo per cápita fue decreciente en valores reales, en relación con la época del Estado

Benefactor. No la inversión, la masificación de las y los estudiantes en todos los niveles.

En el plano del discurso se pasó de la cortesía alfonsinista, mencionar a la educación a cada rato para nunca priorizarla en la inversión al menemismo que hizo de la transformación y la modernización educativa uno de sus lemas, pero siempre subordinarla a lo importante (la guita) y sin nunca priorizar la inversión. Eran tiempos de computadoras en las escuelas, sueldos docentes planchados, trabajo precario y estudiantes que comían salteado.

El crecimiento de la economía y la mejora en la distribución durante el kirchnerismo, vino acompañado de un nuevo discurso curricular anclado en las tendencias críticas que el neoliberalismo había intentado sepultar. El regreso al ataque neoliberal en el 2015 borró en poco tiempo la recuperación de los gobiernos anteriores, que vale decirlo no habían modificado el feudalismo de las instituciones y el mérito como bandera.



Con estas diferencias podemos encontrar claras muestras de la pérdida de importancia de la educación formal en el fin del siglo XX y lo que va del XXI. En las últimas campañas electorales, incluida la actual, el conflicto educativo no aparece ni por cortesía. Sinceramiento que visibiliza lo que a los sectores dominante le interesa el tema, nada.

La mayoría de los candidatos/as de todo el espectro no saben nada de educación formal ni informal, y tampoco les interesa averiguarlo. Incluso los funcionarios del ejecutivo, aún los del área, en general ignoran casi todo y sólo meritan para los cargos en relación con sus conocimientos de administración o, en el mejor de los casos, de gestionar dineros educativos.

Los presidentes/as, gobernadores/as cambian de tema cuando le preguntan algo del campo educativo o dicen bolazos como “es la base de nuestro desarrollo”.

En un mundo, que nadie sabe cómo será ni siquiera en el corto plazo, quizás la recuperación de cierta importancia de la tarea de educar tenga que ver con la democratización de las instituciones y el urgente ingreso a las aulas del debate



actual: políticas públicas, educación sexual integral, conflicto ambiental, salud, derechos de la mujer y otras identidades, comunicación y arte pueden ser el inicio de una agenda que tiene varios otros temas. Además de la

indispensable pelea presupuestaria que solo tiene solución en base al activismo de estudiantes y trabajadores de la educación.

Y por supuesto, es impostergable el debate sobre la meritocracia, (iba decir derrota, pero me conformo con menos) concepto central de toda la práctica educativa desde el jardín maternal hasta el doctorado, que no estamos ni siquiera pensando como algo por superar. Sin esto, estamos al horno para siempre.

Si no hacemos eso, la desaparición de la escuela probablemente nos encuentre a

las y los educadores resolviendo la Regla de Ruffini o memorizando el nombre de la madre de San Martín.

Nota. Las fotos son fotos publicadas en el sitio Tres Líneas, en <https://www.treslineas.com.ar/>.

Correo PATRICK BOULET: jerelaut@yahoo.com.ar

